

nimos diciendo hemos de atenarnos exclusivamente á juicios aproximados, y nos vemos obligados á buscar para las épocas mas importantes *fechas mínimas*, es decir, hemos de procurar fijar las fechas estudiando los datos de los monumentos y de la tradición y apreciando aproximadamente las generaciones y reinados, cuyas fechas habrán de ser tales que los sucesos á ellas referentes no puedan haber ocurrido antes.

Los reyes de Egipto desde la fundación del imperio por Menes hasta su conquista por Alejandro Magno, han sido distribuidos por Manethon en 31 dinastías; y aun cuando su división se presta á algunas dudas bajo el punto de vista histórico — pues el papiro de Turin hace en ciertos puntos divisiones muy diferentes — actualmente ha obtenido general aceptación y varias razones prácticas aconsejan conservarla en lo sucesivo. Las 31 dinastías se clasifican, prescindiendo de las persas (27.^a á 31.^a) en cuatro grupos principales que pueden denominarse: el Antiguo imperio (de Menfis), el del imperio Medio (tebano antiguo), el Nuevo imperio (tebano), el período de las grandes conquistas y la época de la restauración de la vigésima sexta dinastía. Entre uno y otro hay períodos de decadencia, de dominación extranjera y de nuevo renacimiento. En mi *Historia de la Antigüedad* he procurado publicar, para algunos grupos, estos datos mínimos y ahora voy á reproducirlos, refiriéndome para todos los detalles á lo expuesto en aquella obra.

CUADRO DE LAS PRINCIPALES ÉPOCAS
DE LA HISTORIA EGIPCIA:

	Fechas mínimas.
1. Comienzos del Estado egipcio, dinastías 1. ^a á 3. ^a : empieza con el rey Menes.	3180 a. de J. C.
2. El antiguo imperio de Menfis, época de los constructores de las pirámides, dinastías 4. ^a y 5. ^a : empieza con el rey Snofru.	2830
3. Época de transición, dinastías 6. ^a á 10. ^a : rey Pepi (dinastía 6. ^a).	2530
4. Antiguo imperio tebano (imperio Medio), dinastías 11. ^a y 12. ^a : rey Amenemha't I, dinastía 12. ^a	2130
5. Ruina del imperio tebano. Dominación extranjera (época de los hyksos), dinastías 13. ^a á 17. ^a	

por completo en uno y otros); pero las fechas que conservamos para los comienzos de la 22.^a dinastía y de la dominación etiópica son casi del todo correctos, pues repetidas veces gobernaron juntas varias dinastías. En este punto debe de haberse procedido á una reducción armónica, cuya clase no conocemos.

La dinastía 13. ^a empieza en.	1930
La soberanía de los hyksos empieza en.	1780
6. El Nuevo imperio (tebano). Época de las grandes conquistas, dinastías 18. ^a á 21. ^a	
Expulsión de los hyksos por A'ahmes.	1530
Tutmosis III.	1480-1430
Rameses I, Seti I.	1320
Rameses II.	1300-1230
Rameses III.	1180-1150
21. ^a dinastía.	1060
7. Dominación de los (libios) mercenarios, dinastías 22. ^a á 24. ^a	
El rey Scheschonq I (22. ^a dinastía).	930
Segun Manethon, en 943 ó 939 antes de J. C.	
8. Dominación de los etíopes (dinastía 25. ^a)	728
Conquista asiria.	671
9. Época de la restauración (dinastía 26. ^a)	
Psammético I empieza en.	663
Conquista de Egipto por Cambises.	525

Las fechas que señalamos para el Nuevo imperio hasta la expulsión de los hyksos pueden ser consideradas casi como exactas. En cambio las anteriores son muy problemáticas, de suerte que aun cuando hemos señalado como fecha del reinado de Amenemha't I la de 2130, pudo este monarca haber reinado dos ó tres siglos antes, así como la fecha que hemos puesto á Snofru puede ser en quinientos ó mil años posterior á la verdadera. En este punto nada puede fijarse en absoluto, pues para determinar aproximadamente la duración del período transcurrido desde la dinastía 6.^a á la 11.^a nos faltan todos los datos necesarios, y casi lo propio puede decirse respecto del tiempo que media desde la 13.^a á la 17.^a. Solo puede decirse con seguridad que los respectivos acontecimientos no pudieron haber ocurrido con posterioridad á las fechas señaladas: Los mas antiguos monumentos que se conservan (de la época del rey Snofru) datan, á lo mas, de principios del tercer milenario antes de Jesucristo: el principio de la historia egipcia, que va unido al nombre del rey Menes, se remonta al cuarto milenario, no habiendo datos bastantes para saber si es de época anterior (1).

(1) Segun el cómputo de Manethon, tal como lo ha reconstruido Unger (*Cronología de Manethon*), Menes aparece en el año 5613, (Bockh, 5702). Lepsius lo coloca en 3892, Bunsen en 3623, Brugsch en 4400, Mariette en 5004, Lauth en 4157, Wiedemann en 5650, etc. etc.

LIBRO PRIMERO

EL ANTIGUO IMPERIO

CAPITULO PRIMERO

EL PAÍS Y SUS HABITANTES.

Todo el Norte del continente africano está ocupado por un vasto desierto, que únicamente en su parte Noroeste forma un gran territorio cultivable, ocupado actualmente por los Estados de Marruecos, Argel y Túnez. A excepción de estos y de algunos terrenos costaneros, especialmente en la comarca que se extiende entre los golfos Syrtes (Trípoli, Leptis) y en la Cirenaica (Bengaci), toda esta vasta extensión de tierra está completamente cerrada á toda superior cultura, y forma la frontera natural de aquellos países del Mediterráneo que no traspasó la antigua civilización. El interior del Africa fué en todo tiempo region desconocida para el mundo greco romano.

Todo este inmenso desierto, que abarca una superficie de mas de 140,000 leguas cuadradas, contiene gran número de depresiones de terrenos, en las cuales brotan manantiales y surge una vegetación, especialmente de palmeras; tales son los oasis (1), únicos puntos en donde son posibles las residencias humanas fijas. Los oasis forman, al propio tiempo, las estaciones del largo y difícil camino que atraviesa el desierto y en el cual el comerciante que quiere adquirir las mercancías que se producen al otro lado, se ve expuesto no solo á los peligros que suponen la falta de agua, el extraviarse, y el Simun, sino tambien á los ataques de las rapaces tribus nómadas que han escogido el desierto como teatro de sus correrías.

Al Oeste del gran desierto, y distante pocas jornadas (unas 25 ó 30 leguas) del golfo Arábigo, se extiende un fértil valle, largo y estrecho, que en cierto modo puede ser considerado como un oasis de colosales dimensiones: es el Egipto, el valle del bajo Nilo, cercado á ambos lados por el desierto. Al Oeste se extiende el desierto de Libia, llano, completamente estéril, cubierto por impenetrables masas de arenas, y al Este se alza una montaña pedregosa de naturaleza arenisca y caliza, detrás de la cual se elevan hasta unos 2,000 metros las masas cristalinas de la llamada montaña Arábica. Ambos territorios son completamente distintos bajo el punto de vista geológico, pero aun cuando en el desierto oriental pueden vivir, aunque miserablemente, algunas tribus nómadas que no carecen de vegetación, de manantiales y de cisternas en las cuales se recogen las aguas procedentes de las lluvias, el cultivo es tan extraño en él como en el otro desierto occidental completamente inaccesible y solo habitable en los oasis. Entre uno y

(1) El nombre oasis (en griego οασις, Herodoto, III, 26 y otros, y tambien con frecuencia οάσις) se deriva de la palabra egipcia *uat*, de la que tambien procede la denominación árabe *wádi*. Véase Dumichen: *Los oasis del desierto libio*, 1877 y Brugsch: *Viaje al gran oasis el Khargeh*, 1878.

otro está situada, ocupando una anchura de tres á siete leguas, la depresión de terreno que constituye el valle egipcio, formado por el lecho que, en su incesante actividad, se ha abierto el río Nilo en aquel blando suelo calizo. Antiguamente, hace muchos miles de años, la corriente se precipitaba por abruptas cascadas, cuyos restos aun se distinguen en muchos sitios, hasta penetrar en aquel territorio, donde poco á poco fué trazándose su lecho y estableciendo un nivel mas regular. Al comenzar los tiempos históricos el Nilo habia llevado ya á cabo este trabajo, y desde entonces corre formando muchos ángulos y juntándose con innumerables afluentes por el lecho del valle al cual solo inunda cuando las aguas procedentes de las nieves de la Etiopía vienen, muy entrado el verano, á engrosar su corriente. El terreno cultivable comprende todo el territorio á que alcanzan las aguas del Nilo, sea por inundación, sea dirigidas por la mano del hombre, formando gran contraste el negro territorio fértil, cultivado y abonado por el limo que el río en él deposita, con el triste tinte amarillo de los vecinos desiertos. La anchura del suelo cultivado varía segun los puntos, pero por término medio puede decirse que es de 2 á 2 y $\frac{1}{2}$ leguas: en la desembocadura del Nilo, sin embargo, la anchura es mucho mayor, formando el país pantanoso del delta cubierto de lagos y de pantanos.

Por el lado meridional están tambien perfectamente trazadas por la naturaleza las fronteras del Egipto. Algo mas arriba de los 24.^o de latitud, en Gebel Silsile, álzase junto al río la meseta de piedra arenisca que luego se extiende por toda la Nubia. La angostura de la corriente de Gebel Silsile es la frontera meridional del territorio cultivable egipcio. Una leyenda, derivada del nombre de la montaña (Silsile significa cadena), dice que en este punto fué en otro tiempo cerrado el río por una cadena que unia las montañas que á uno y otro lado de aquel se levantaban. Ocho leguas mas arriba, en Assuan (Syene) se alza una colina de granito y sienita que parece cerrar el paso al río: este ha logrado romper su dura piedra, pero no ha podido destruirla como ha hecho con la piedra caliza de Egipto; así es que se ve obligado á seguir su corriente formando cascadas que cruzan por entre los peñascos de las orillas y las islas que pueblan su lecho. Es indudable, sin embargo, que tambien en este punto el Nilo ha ido abriendo de continuo paso á su corriente, pues por los antiguos datos que acerca de las alturas del Nilo en el Alto Egipto han llegado hasta nosotros, sabemos que hace unos cuatro mil años, en tiempo de la duodécima dinastía, el Nilo, en el punto en que se alzaban las fortalezas Semme y Kumme, sobre la segunda catarata, estaba ocho metros mas alto que actualmente, lo cual solo se explica por el hecho de haber, desde entonces, el río minado en otros tantos metros las rocas del territorio de las cataratas.

Esta primera catarata, que hace de todo punto imposible una verdadera navegación (pues solo con grandes trabajos y

peligros puede un buque ser dirigido por entre los torrentes), ha formado siempre la frontera meridional de Egipto. Mas arriba, el Nilo recorre, describiendo una gran curva, la meseta de piedra arenisca de la Nubia, y su corriente se ve en muchos puntos obstruida, como en Assuan, por moles de piedra, por entre las cuales se precipita formando cataratas. El valle del río tiene por el camino una anchura de uno á dos



Estatueta de madera de un egipcio ilustre del Antiguo imperio (el llamado *Scheich-el-beled*).

metros y el territorio cultivable, tan rico en bosques en tiempo del Antiguo imperio, queda limitado, allí donde todavía existe, á una angosta orilla, de suerte que los habitantes, para aprovecharlo todo lo posible, han construido sus aldeas en las áridas y estériles alturas que sobre el mismo territorio se levantan. La extensión de tierra, de 215 leguas de largo que se extiende entre Khartum y la primera catarata, contiene actualmente solo 50 leguas cuadradas de terreno cultivable. Únicamente el territorio del Mar Rojo va haciéndose poco á poco apto para el cultivo, al Sur del Trópico, pues por lo demás lleva en su mayor parte impreso el carácter propio de las estepas. Así el Egipto, aun en el valle del Nilo, está completamente aislado del interior del Africa. Cuan largas y difíciles son en este punto todas las comunicaciones, cuantos peligros ofrecen el ardiente sol de los trópicos, la falta de cultivo y la dificultad de comunicarse á un ejército, por pequeño que sea, que intente invadir el país, nos lo ha demostrado palpablemente la reciente guerra de los ingleses contra el Mahdi.

El Egipto es el país menos ancho del mundo: con una extensión longitudinal de 120 leguas, solo contiene 530 leguas cuadradas de terreno cultivable; de suerte que su superficie

es casi igual á la del reino de Bélgica (1). Es preciso tener muy en cuenta esta circunstancia, sobre todo considerando que los mapas que circulan hacen formar de este país una idea equivocada, pues incluyen el desierto dentro de las fronteras egipcias, no separándolo del terreno cultivable. La antigua apreciación está perfectamente en armonía con las condiciones geográficas: segun ella, el Egipto, ó *Qemt* (nombre que indudablemente significa «el país oscuro»), como le llaman los indígenas, está formado solamente por el valle del Nilo, pues solo en él viven los egipcios. Los oasis del Oeste y el «país rojo», (*ta descher*), es decir, la árida y roja meseta del desierto árabe, al Este son considerados como territorio extranjero y no están habitados por los egipcios. El oráculo que dijo «Egipto es todo el país que riega el Nilo y egipcios son todos las que viven mas abajo de la ciudad de Elefantina y beben el agua del Nilo» (Herodoto, II, 18), expresa exactamente este concepto.

Dumichen ha hecho á los lectores de la presente obra una descripción del país; Herodoto lo califica con razón de «regalo del río», pues solo á él debe su fertilidad y su bienestar: sin él las arenas del desierto libio cubrirían todo el valle del Nilo, valle que gracias al río es uno de los países mas fértiles y poblados de la tierra (2).

En los tiempos en que comienzan las noticias históricas que poseemos, encontramos el valle del Nilo habitado por una raza que, siguiendo á los griegos, denominamos de los egipcios. Ignoramos cuál sea la derivación de esta palabra; únicamente podemos decir que *Agyptos* ha sido el nombre con que desde antiguo se ha designado el río, y que casi generalmente vemos empleado en la Odisea. Posteriormente el nombre se ha aplicado al país (3) y á sus habitantes, recibiendo en cambio el río el de Neilos (Nilo), cuya procedencia nos es asimismo desconocida. La población no ha tenido nombre indígena, pues los egipcios se denominaban á sí mismos «hombres», *rometu* (4), en contraposición á los extranjeros. A su país le daban, como hemos visto, el nombre de *Qemt*, «país negro», y al río el de *Ha'pi* (5). Entre los pueblos semíticos, el Egipto se llamaba, no sabemos por qué, *Misr* ó *Musr* (en hebreo, con una terminación local muy frecuente, *Misraim*). Este nombre, en su forma árabe *Masr*, es el que hoy sirve de nombre indígena al país y á su capital, que nosotros denominamos Cairo. Del nombre «egiptos» se ha formado en cambio el de «coptos», con que se conoce á los descendientes cristianos de la primitiva población indígena.

Largas y empeñadas contiendas se han sostenido respecto de la situación etnográfica de los egipcios: mientras los filólogos y los historiadores aceptan su afinidad con las vecinas tribus asiáticas y distinguen en absoluto á los egipcios de la raza negra, los etnólogos y los naturalistas, especialmente Roberto Hartmann, los califican de hijos legítimos del Africa, afines, indudablemente bajo el punto de vista físico, de las tribus del interior del continente. Y en verdad que en el tipo del

(1) Los datos están tomados, respecto de esto y de todo lo anteriormente dicho, de la introducción de la excelente guía de Egipto, de Bader (2.ª edición, 1885).

(2) Actualmente, á pesar de no haber recobrado el Egipto la población que tuvo durante su esplendor, no hay, segun Bader (pág. 41), menos de 205 habitantes por kilómetro cuadrado, es decir, mas que en ningún Estado europeo.

(3) Odisea 17,448. El nombre del río Neilos lo encontramos por vez primera usado, en la literatura que ha llegado hasta nosotros, en Hesiodo.

(4) No *rotu*. Véase Erman: *Egipto*, pág. 56.

(5) Muchas veces se le llama también simplemente *atur*, «río»: de una forma mas moderna de esta palabra, *'aur* (en copto *yáro*) ha salido el nombre hebreo *Y'or* (en asirio *Yaru'n*) del Nilo.

moderno egipcio se encuentran algunas analogías con el tipo negro, no pudiendo nosotros combatir en este lugar la afirmación de que aparece demostrada una transición gradual desde los egipcios á los negros del Sudan y de que en ninguna parte del valle del Nilo se encuentra entre ellos un marcado contraste etnológico. Únicamente haremos notar que en toda la tierra no se observa un rudo contraste de razas; que siempre existen miembros intermedios, y que la clasificación para nosotros indispensable no puede hacerse partiendo de la base de las capas intermedias, sino de los extremos, en los cuales aparece en toda su pureza el tipo de la raza. Por lo demás, el tipo del actual egipcio no puede resolver la cuestión acerca del origen del antiguo pueblo egipcio, aun prescindiendo por completo del difícil problema de averiguar hasta qué punto el clima y el suelo pueden ejercer en una raza una

influencia transformadora. Los habitantes del bajo valle del Nilo se han mezclado de tal suerte, desde la época del Nuevo imperio, con sangre puramente africana, que sería un milagro que no hubiera habido una asimilación. Es un hecho indudable que los turcos pertenecen á la clase de pueblos afines de los mogoles; pero ¿quién pondrá en una misma línea á los modernos osmanes y á los chinos, y quién negará su asimilación con los tipos armenio, persa, semita y griego? Lo mismo puede decirse, por ejemplo, de los magyares. Una cosa análoga sucede en Egipto, y por esto se ha demostrado que en la forma del cráneo del moderno egipcio se observa la influencia del elemento africano mas que en el egipcio de la antigüedad (1). Por lo demás, una comparación bien hecha prueba que en el Egipto antiguo, como en el actual, vivieron simultáneamente dos tipos, uno parecido al nubio, que natural



Busto de hombre de los tiempos mas antiguos.



Busto de mujer de los tiempos mas antiguos.

mente abundó mas en el Alto Egipto que en Menfis y el Cairo, y otro completamente distinto que podemos calificar de egipcio puro. Entre los dos existe un tipo intermedio representado por muchos ejemplares, tipo que se explica perfectamente por el cruzamiento de razas.

Así como el tipo nubio se parece mucho al tipo negro y es propio del Africa, el tipo egipcio puro debe ser considerado como completamente extraño al continente africano, con lo cual se demuestra que la primitiva patria del egipcio debió de ser el Asia. Los egipcios se pintaron con frecuencia en sus monumentos, y los dibujos que en esta obra reproducimos permiten formarse idea exacta de su tipo. En su mayor parte se nos presentan con formas vigorosas y marcadas, y á menudo con rasgos fisonómicos algo duros. Algunas veces, como Erman observa acertadamente, sus cabezas tienen «una expresión de talento y de ingenio parecida á la que solemos encontrar en las de los astutos labriegos», y á la que nos ofrecen ciertos antiguos retratos de los romanos. Junto á estos encontramos también rasgos delicados, como por ejemplo la expresión un tanto afeminada de la cabeza de Rameses II. El egipcio se diferencia esencialmente del tipo negro: su nariz es mas bella, y en él se nota por completo el prognatismo, es decir, la prolongación de la parte inferior del rostro.

El color de la piel de los varones egipcios — que antiguamente iban poco menos que desnudos, pues solo llevaban una especie de camisa que arrancaba de la cintura — es, en los monumentos, moreno; en cambio las mujeres, que vestían una larga túnica y no estaban por tanto tan expuestas á la acción del aire y del sol, tenían un tinte moreno claro ó mejor dicho amarillo. De la misma manera han reproducido los griegos en sus vasos á los varones de color rojo y á las mujeres blancas. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que en


tonces no se conocía todavía el arte de reproducir con colores los tintes mas delicados del colorido.

Los egipcios, distintos de la población del interior de Africa, tienen sus afines en los habitantes del extremo septentrional del continente. Al Oeste de ellos, en las comarcas costaneras del Mediterráneo y en los oasis del desierto, habitaban algunas tribus conocidas por los egipcios con el nombre de *Temhu* (2). Al decir de los griegos, debemos aplicar á todos ellos el nombre de aquella tribu que residía en el territorio de Cirene, primero donde los griegos los conocieron, á saber, la de los libios. En los monumentos egipcios encontramos á estos designados con el nombre de *Rebu*: y aquí debemos para siempre hacer constar que el idioma y la escritura egipcias no conocían la *l*, por lo cual en las palabras extranjeras puede también leerse la *r* como *l*; por esto el nombre *Rebu* debe pronunciarse *Lebu*, segun enseña la formación de nombres griegos. Al Este de estos libios propiamente dichos, en la meseta-desierto de la comarca Marmárica, residían los *Te-henu*, que llegaban hasta las fronteras de Egipto y que se establecieron también en la parte occidental del Delta. Mas hácia el Oeste, probablemente en el país de las Syrtes, encontramos á los *Mascharwascha*. Los griegos, y en especial Herodoto, nos han conservado otros muchos nombres. Todas estas tribus, á las cuales pertenecen también los habitantes de los oasis, son estrechamente afines entre sí y forman con los habitantes del Noroeste del Africa, los númidas y los mo-

(1) Emilio Schmidt: *Del cráneo del antiguo y del moderno egipcio*, Leipzig, 1885, pág. 46. De este excelente estudio, basado sobre un abundante material, tomamos lo que á continuación decimos.

(2) La hipótesis de que este nombre se relaciona con la palabra egipcia *meth*, «Norte», y significa quizás «países del Norte», puede ser verdadera.

ros, un gran grupo de pueblos que conocemos con los nombres de libios ó moros, ó con el más moderno de berberiscos (1). Los libios son de color claro, y en los monumentos egipcios están representados con un tinte blanco agrisado. El antiguo tipo se ha conservado en parte entre los moros: son estos una tribu guerrera, audaz y no falta de ciertas dotes intelectuales. Sin embargo, ninguno de estos pueblos ha demostrado poseer una cultura elevada, por más que se asimilaban algunos elementos de la civilización de los egipcios y después, en Mauritania, algunos de los cartagineses. Según se desprende de los monumentos, existía entre ellos la costumbre del tatuado que se hacían en los brazos y en las piernas, y entre los signos que se pintaban por este procedimiento figuraba

el  símbolo de Neit, la diosa tutelar de la ciudad de Sais, cuya población se componía, según parece, en su mayor parte de libios.

Así como en el Oeste los libios y los moros eran, como lo demuestra su idioma, los afines de los egipcios, del mismo modo lo eran en el Sur varias tribus que habitaban al Este del alto valle del Nilo. Eran estos los descendientes de los actuales bedyas, es decir, de los abades, bischarinos, etc., que habitaban en las estepas y en los desiertos al Este del alto valle del Nilo, y de sus afines las falaschas, las gallas y los somalis. Detrás de ellos aparecía el país y el pueblo de Kasch, formado por los vecinos sud-orientales de los egipcios, que originariamente vivían en los páramos y desiertos de la comarca montañosa del Este del Nilo y que en el transcurso de la historia atacaron á los negros del valle del Nilo (ascendientes de los actuales nubios) y fundaron en este un poderoso imperio. Los hebreos y los asirios llaman á este pueblo Kusch, soliendo usar con frecuencia el nombre de kuschitas para designar á los egipcios: los griegos les llaman etíopes, denominación que en la era cristiana adoptó un pueblo más meridional, el de los habitantes semitas del gran país de *Habesch* (Abisinia), siendo designados actualmente como etíopes este pueblo y su idioma. Es preciso ir con mucho cuidado para no aplicar esta denominación á la antigüedad. Los etíopes antiguos y los modernos son dos pueblos muy distintos: la Etiopía de la antigüedad es geográficamente lo que hoy se llama Nubia.

Mayor confusión ha producido todavía el nombre de kuschitas. En el Antiguo Testamento, al pasar revista á las tribus descendientes de Noé, se da el nombre de Kusch á Babilonia (Génesis, 10, 8 y quizás también en la narración paradisiaca, 2, 13), lo cual se explica por el hecho de que Babilonia fué durante algunos siglos dominada por la tribu montañosa y rapaz de los kosseos que se llamaban á sí mismos kaschschi, nombre que el narrador hebreo confundió con el del pueblo africano, de cuya mala inteligencia se han derivado las más aventuradas conjeturas hechas por algunos sabios modernos. Para estos, los kuschitas han llegado á ser un vasto pueblo primitivo asiático-africano que residió en todas partes y no se fijó en ninguna, y cuando la tradición ofrece algún enigma ó cuando puede hacerse una combinación atrevida echan mano de los kuschitas, olvidándolos de nuevo después de haberles hecho servir para tales objetos. En algunas obras concienzudas de etnografía, filología é historia han llegado á ser consignadas estas opiniones: de este aborto producido por la amalgama del pueblo rapaz y guerrero de los babilonios con las tribus africanas, en su origen de inferior cultura é inferiores bajo el punto de vista intelectual, nació un

(1) Su nombre indígena era Imoschagh y el de su idioma Tamashight. A la raza de los libios pertenecían también los primitivos habitantes de las Islas Canarias, los guanches.

pueblo al cual se ha atribuido el principio de toda civilización, á cuyo impulso han debido surgir los grandes monumentos de Egipto y de Babilonia, y que hubo de desaparecer en el momento desde el cual arrancan las noticias históricas positivas.

En contra de esto hay que afirmar que los kosseos y los kuschitas nada tienen de común bajo el punto de vista histórico: estos últimos son un pueblo real y verdadero que poco á poco fué asimilándose cierta cultura exterior de los egipcios, y cuya suerte hemos de ir viendo detalladamente en el curso de esta obra. En los monumentos, los kuschitas aparecen con un color rojo oscuro.

Con estos pueblos del Este del Africa, por un lado, y con los libios y moros por otro, forman los egipcios un gran grupo de pueblos cuyos idiomas se parecen mucho entre sí, y pueden ser denominados africanos del Norte (2). Los idiomas norte africanos revelan, en su construcción gramatical y en el valor de las palabras, una afinidad, aunque lejana, con el idioma de sus vecinos asiáticos-orientales, los semitas, es decir, los habitantes de la Arabia, de Siria, de Asiria y de Babilonia. Esta afinidad aparece más marcada en la lengua egipcia tal como se nos presenta en la forma más antigua por nosotros conocida, es decir, en el idioma del tiempo de las pirámides (3). De aquí nace como necesaria la deducción de que los antecesores de los egipcios y de los demás pueblos del Norte de Africa formaron antiguamente con los semitas una unidad de lenguaje.

En vista de todo ello, nos inclinamos á deducir que los norte africanos pertenecen á la llamada raza caucásica y que en los tiempos prehistóricos se establecieron en la que más adelante había de ser su patria, después de haberse separado de los semitas.

Aun cuando esta opinión puede ser considerada como muy verosímil, no se gana con ella gran cosa para el conocimiento del desenvolvimiento histórico del Egipto, pues esta inmigración debió de acontecer mucho antes de la época á que alcanzan los datos históricos y no nos proporciona, por tanto, ninguna nueva noticia que arroje luz sobre la esencia del desarrollo de los egipcios. Se ha emitido además la opinión de que los inmigrantes en Egipto encontraron en este país una población indígena que fué por ellos sojuzgada, y que de esta ha salido la mayor parte de los vasallos que en el antiguo Egipto encontramos, formando los invasores la clase de los señores y de los nobles. Esta opinión puede ser cierta, y en su apoyo puede citarse la analogía que existe entre el culto de los animales de los egipcios y las ideas religiosas de algunos pueblos del Africa; pero no hay que perder nunca de vista el hecho de que los mismos egipcios no tienen de tales sucesos la menor noticia; de suerte que si hubo un período de inmigración y de confusión de pueblos, no se conservaba de él la menor memoria en la época de las pirámides.

Los egipcios se consideraban como autóctonos y — á excepción de algunos territorios colindantes con Nubia, Libia y Asia — como una nación una, dentro de la cual no cabe hablar de antagonismo de apreciaciones, ni existe diferencia alguna exterior entre el ilustre y el plebeyo, entre el señor y el

(2) Algunos investigadores les llaman poco acertadamente hamitas, fundándose en la tabla de pueblos del Génesis.

(3) No se ha hecho todavía una comparación detallada del idioma egipcio con los demás del Norte de Africa; trabajo tanto más difícil, cuanto que no conocemos estos últimos sino en su forma moderna. Algunas comparaciones se han hecho para probar la concordancia del egipcio con el semita, especialmente en el Lexicon de Brugsch, pero tales trabajos no pueden ser considerados como suficientes. Además de lo que de antiguo tenían de común ambos idiomas, hay en el egipcio una porción de palabras tomadas del semita, que fueron introducidas en él en el tiempo del Nuevo imperio, y que por lo tanto han de ser separadas cuando se trate de hacer investigaciones filológicas.

siervo. La historia debe, pues, considerar á los egipcios como un solo pueblo, aun cuando puedan haber sido muy variadas las tribus que en los tiempos prehistóricos habitaran el valle del Nilo.

CAPITULO II

COMIENZOS DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA. — LOS DISTRITOS COMO ESTADOS

Al hablar de los orígenes de un pueblo, debemos tener siempre en cuenta que el lapso de tiempo que estudiamos — aun cuando sea, como en Egipto, de cinco mil años — ha de haber estado precedido de períodos muy largos, de humano desenvolvimiento, á los cuales no alcanza ninguna noticia ni ninguna combinación. Durante miles de años pueden algunas poblaciones, ya sean antecesoras de los posteriores egipcios, ya tribus de origen muy distinto, haber apacentado sus rebaños en el bajo valle del Nilo, haber cultivado sus campos y construido sus cabañas en él, haberse combatido y sojuzgado mutuamente, antes de que se iniciara en ellas el desenvolvimiento de una superior cultura. Algunos investigadores han procurado demostrar en Egipto la existencia de una edad de piedra en la cual el hombre no conocía los instrumentos de metal; pero de haber esta existido, sus huellas, caso de que las haya (1), pertenecen á ese período anterior á toda historia, pudiendo decirse otro tanto de las vasijas de arcilla que las excavaciones practicadas á grandes profundidades en los aluviones del Nilo han puesto al descubierto.

Ignoramos cuales fueron las circunstancias que encaminaron á la población de Egipto por la senda de una civilización más elevada, siendo muy probable que esto se debiera puramente á causas accidentales y externas.

Sin embargo, puede afirmarse que á ello contribuyó poderosamente la naturaleza del país. Tratemos de ver el aspecto que ofrecía el bajo valle del Nilo, antes de que una población fija le diera la forma que hoy tiene. La corriente del río cruzaba el país formando muchos é irregulares brazos; y en la época de las inundaciones las aguas pasaban por encima de las orillas, trazándose nuevos cauces y cambiando por completo la configuración del territorio. Muchos pantanos y durante el verano lagos casi secos, tales como todavía hoy los encontramos en el Delta, debían de cubrir entonces todo el valle del Nilo que en su mayor parte debía de ser una agreste selva de punto menos que inaccesible. No era, pues, este lugar á propósito para una tribu emigrante que necesitara extensos pastos para su ganado y vastos terrenos de caza, pues á cada paso había de encontrar poderosos obstáculos. La naturaleza del país brindaba á la vida sedentaria: un pueblo que quisiera habitar en aquel país debía comenzar por roturar el terreno, y este era un trabajo que no podía emprenderse individualmente, como sucedía en los valles montañosos de Siria y de Grecia ó en los bosques vírgenes de América, donde bastaba roturar las selvas. En el valle del Nilo era ante todo preciso obligar al río á seguir un cauce fijo, desecar el terreno, regularizar las inundaciones, impedir toda modificación en los fértiles terrenos conquistados, y al propio tiempo comenzar la lucha contra el desierto que avanzaba desde el Oeste y arrebatarle, por medio de una buena distribución de las aguas, la mayor extensión posible de territorio. Este tra-

(1) Todavía hoy es muy debatida la cuestión de si en Egipto hay ó no restos de una edad de piedra. En pro de la afirmativa ha contenido muy recientemente Mook (*Epoca egipcia anterior á los metales*, 1880) y en contra Chabas (*Etudes sur l'antiquité historique*), Lepsius (en la *Revista para el idioma egipcio*, 1870 1873) y otros. En cuanto á mí no he podido formarme una opinión propia.

bajo era de índole tal, que solo podía llevarse á cabo por una comunidad compacta y un Estado bien organizado. Era preciso una dirección única que señalara á cada cual la cooperación que á la obra común debía prestar. Esto explica el hecho de que los egipcios no conocieran la clase libre de labradores que sirvió de base á las civilizaciones griega, italiana, siria, persa y germánica. Los egipcios fueron cada vez más un pueblo agrícola, es cierto; pero la masa de los labradores se componía de hombres privados de libertad, siervos, ora de grandes propietarios particulares, ora del Estado, como los fellahs actuales.

De modo que en Egipto, como en Babilonia, el suelo hizo agricultores á sus habitantes. En la época de que arrancan nuestras primeras noticias históricas, la roturación estaba completamente terminada, á excepción de algunas porciones del Delta que todavía estaban cubiertas de pantanos. En el Alto Egipto los brazos del Nilo fueron convertidos en canales, como por ejemplo el de Bahr Jussuf, el brazo del río que corría junto á la frontera occidental de Egipto, y el suelo recompensó prodigamente los cuidados de que fué objeto. La vida del egipcio no estaba ciertamente exenta de grandes penalidades, pues si bien podía surcar fácilmente con el arado el blando suelo, y la semilla le daba grandes productos, el riego de los campos le imponía gran trabajo, que no podía descuidar en ninguna estación del año.

La ganadería corrió parejas con la agricultura, y bien se comprenderá que en Egipto, como en todas partes, aquella constituía el punto de partida de esta. El buey, sobre todo, exigía especial cuidado, por no ser muy propio para la agitada vida nómada y por ser el inseparable compañero de la agricultura. Los indios y los persas supieron también que en él descansa la prosperidad de la agricultura; por esto entre los egipcios, como en estos pueblos y entre los mismos cafres, el toro y la vaca fueron animales sagrados y se les consideró como personificación de un ser divino dispensador de beneficios.

La vida de los labradores egipcios no podía ser más sencilla; y en cuanto á esto poca variación se nota en la actualidad. El vestido apenas llena las más simples necesidades y casi no se distingue del de las tribus negras del alto valle del Nilo: un delantal de cuero ó de tela sujeto á la cintura por medio de un cinturón, es las más de las veces el traje del labrador, y que este era en otro tiempo el traje universal nos lo demuestra la circunstancia de que este delantal perteneció siempre al ornato del rey (2), que solo llevaba como signo distintivo una cola de león colgada del cinturón. Entre las clases ilustres encontramos en los tiempos de nosotros conocidos, en lugar de este delantal una tela que les tapaba toda la cintura, y los nobles solían llevar colgada en la región ilíaca una piel de león ó de pantera; esto y los ricos collares constituían todas las prendas de vestir. Las mujeres llevaban una túnica larga y ceñida que les dejaba descubierto el pecho. Los niños, incluso los de los nobles y los de los príncipes, iban completamente desnudos; cuando el hijo de algún hombre ilustre ceñía el cinturón lumbar era señal de que había ingresado en la burocracia (3). En la manera de llevar el pelo los egipcios tiene mucha analogía con las tribus africanas. Así la clase alta como la baja llevaban la barba cuidadosamente afeitada y apenas encontramos algún siervo que llevara patillas (4); en cambio llevaban el cabello, en un prin-

(2) Erman: *Egipto*, pág. 93.

(3) Inscripción de Una, completada por Brugsch: *Revista egipcia*, 1882, página 2.

(4) Por ejemplo, Lepsius: *Monumentos*, tomo II, págs. 66, 96. Más adelante se introdujo la costumbre de llevar una pequeña barba postiza.